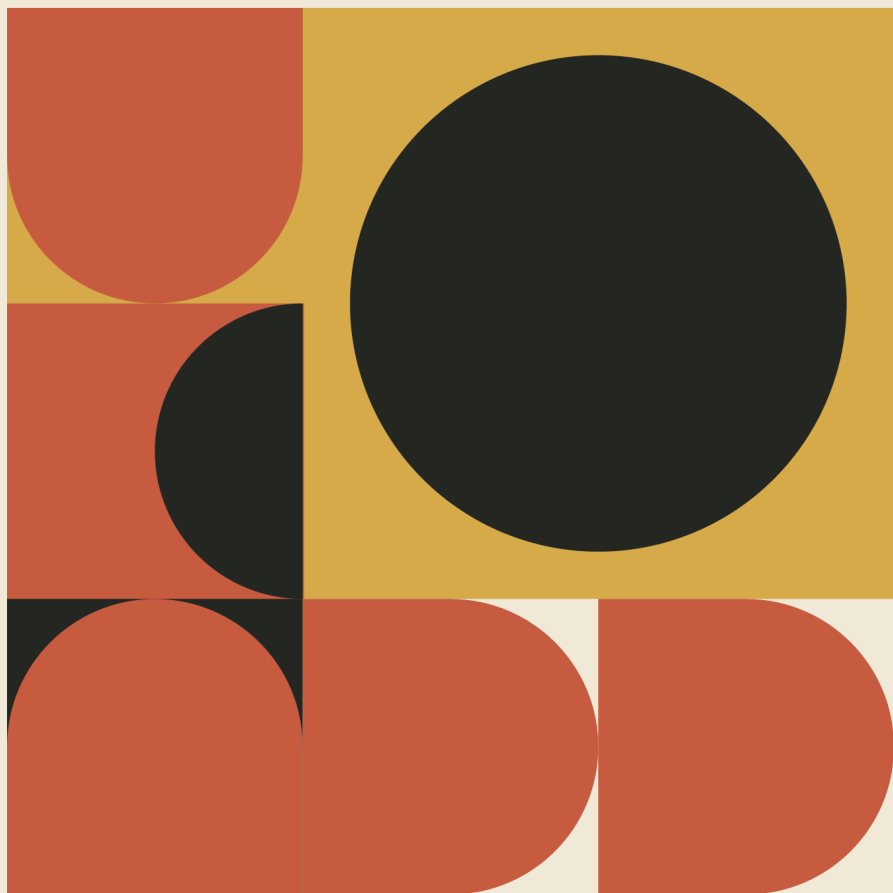


Juan León Mera

# El genio de los Andes



GENIO MALIGNO

JUAN LEÓN MERA

# El genio de los Andes

GENIO MALIGNO

El genio de los Andes, de Juan León Mera.

Esta obra se encuentra en dominio público en la República Argentina (Ley 11.723). Última muerte relevante: 1894. Dominio público en Argentina desde el 1/1/1965.

Texto tomado de Wikisource en español: [https://es.wikisource.org/wiki/](https://es.wikisource.org/wiki/El_genio_de_los_Andes)

El\_genio\_de\_los\_Andes. La transcripción de Wikisource se distribuye bajo licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0.

Edición digital: Genio Maligno, biblioteca de dominio público. [geniomaligno.com.ar](http://geniomaligno.com.ar)

## El genio de los Andes

**Canto a los ilustres viajeros M. M. Wilhelm Reiss y Adolph Stübel, con motivo de su ascensión al Cotopaxi y al Tungurahua.**

En otros tiempos los sublimes vates,  
del estro divinal arrebatados,  
dioses y héroes cantaban, en combates  
estupendos mezclados,  
cuyo espantoso estruendo  
hasta el trono de Jove estremecía;  
o bien, de audacia llenos, impetuoso,  
raudo vuelo rompiendo,  
a las etéreas esplendentes salas  
con ellos se encumbraban, y su canto  
con el canto de Apolo competía;  
o, depuestas las galas  
del divino festín, a la sombría  
mansión bajaban del eterno llanto  
y el blasfemar eterno del precito;  
y ¡oh portento inaudito!

treguas la magia de su lira daba  
al tormento infernal. La antigua Musa  
tal era; el universo reverente,  
inclinada la frente,  
cuanto la voz pïeria le anunciaba  
fanático adoraba.

Mas, ahora, la humilde Musa andina,  
dichosa cuanto humilde,  
más noble tema a su cantar alcanza;  
siente en el corazón llama divina,  
hierva su sangre, exáltase su mente,  
su mirada chispea  
cual de águila caudal a la febea  
lumbre, su mano treme y se abalanza  
al acorde laúd, púlsale, y notas  
nuevas al viento y armoniosas lanza.

¡Genio de las ignotas,  
altas, inmensas, mudas soledades!  
¡Genio de las igníferas montañas!  
Tú, Genio de los Andes, Genio anciano  
como el dios que preside las edades!  
¡Tú, cuyo imperio del glacial Océano  
Septentrional al Cabo se dilata  
que al Sur el mundo de Colón remata!  
¿En dónde, en dónde estás? ¿Por qué enmudeces?  
Alza, yergue la frente. ¿Qué profundo

pasmo suspende tu inmortal aliento?  
Álzate y habla... ¡Oh Dios! ¡quién lo creyera!  
Vencido el numen de los Andes yace,  
su mansión profanada...  
¡Oh feliz vencimiento!  
¡Santa profanación! Una y otra era,  
y otras y otras rodaron sobre el mundo,  
como de mar airada  
tumultüosas ondas: mas, ninguna  
de la humana osadía ejemplo muestra  
semejante al que ahora  
propala ya la fama voladora.

Reinaba el Genio; en majestad terrible  
su faz resplandecía;  
su níveo trono, al hombre inaccesible,  
Naturaleza levantado había,  
cuando a ostentar sus juveniles fuerzas,  
en fiera convulsión, de sus entrañas  
hizo brotar montañas tras montañas,  
y los Andes se alzaron estupendos.  
Desde allí su dominio al Continente  
tendió que el Grande Océano  
y el mar de Atlante en cerco inmenso guardan,  
desde allí vibra su potente mano  
la tempestad rugiente;  
y hace que atroces los volcanes ardan

que el seno de la tierra se estremezca,  
y entre montones de funestas ruinas  
el ser humano mísero perezca;  
desde allí ha visto ¡oh cuántas,  
cuántas generaciones  
rodar vertiginosas a sus plantas,  
cual llevadas, de raudos aquilones,  
de eternidad en el abismo a hundirse!  
¡Cuántos reyes y locas ambiciones,  
sangrientas guerras, crímenes, violencias  
de conquistas audaces! ¡Cuántos nombres  
en el ingrato olvido confundirse!  
¡Cuánta infamia vivir! y ¡cuántos hombres  
diversamente grandes... Moctezuma,  
de trágica memoria;  
Huaina-Cápac, del sol hijo felice;  
Atahualpa, inmolado a la codicia  
de un invasor; Colón, a cuya suma  
inmarcesible gloria  
ni aún el brillo faltó que la injusticia  
da, persiguiendo el mérito eminente;  
Cortés, cuya luz clara  
fuera mayor si al lauro de guerrero  
el de conquistador no se enlazara;  
Pizarro, si no un héroe, aventurero  
sin rival en la historia;

Las Casas, que a borrar con pías manos  
vino el crimen que obraron sus hermanos;  
Penn, de severa probidad modelo;  
Franklin, audaz sojuzgador del rayo;  
Washington inmortal que trajo al suelo  
de América fecundo,  
en venturoso ensayo,  
de república libre las simientes;  
Bolívar el excelso en paz y en guerra,  
a quien proclama justiciero el mundo  
libertador, y padre, y vida y gloria  
de cien pueblos valientes;  
el noble Sucre, en cuyo heroico lauro,  
¡oh singular, altísima fortuna!  
no halla posteridad mancha ninguna.  
Y vosotros también perseguidores  
de los secretos de natura ¡oh sabios!  
La Condamine, Humboldt, Caldas el mártir,  
Boussingault... todos del soberbio Genio  
en la presencia deshojasteis flores,  
y con honda efusión y ardientes labios  
cantasteis sus loores.

Mas, un día llegó... ¡Quién te augurara  
que en el seno del tiempo aqueste día,  
oh numen poderoso, se guardara  
de humillación a ti, de gloria al hombre!...

¿Los veis? ¿Quiénes son éstos? ¿Qué osadía  
mueve su planta a la vedada cumbre?  
Son dos germanos, y el amor de ciencia  
allá los arrebató... ¡Ah, deteneos!  
Temed, parad; devoradora lumbre  
arde en esa eminencia;  
Crüel fin nos aguarda: ¡que! la historia,  
¿tendrá Encelados nuevos y Tifeos?  
¡Que! de la austera ciencia el ejercicio,  
¿de otros Plinios demanda el sacrificio?  
¿Temer? ¿Cesar? ¡Oh, no! Vedlos: llegaron;  
de ellos el triunfo es ya; bajo su planta  
la frente el monte secular humilla,  
y erguida en el espacio se levanta  
y con los lampos de victoria brilla  
del campeón de la ciencia la figura.  
¿Veis esa exhalación que allá fulgura  
una vez y otras mil en el lejano  
confín del horizonte?  
Es el Genio que en vano  
juzgaba eterno alcázar su alto monte,  
y hoy bate en fuga las enormes alas,  
y en su rápido y vario movimiento  
cárdenas luces va lanzando al viento.  
Del sublime espectáculo pasmada  
calla naturaleza;

de las entrañas de ignoradas tumbas  
las sombras surgen de la antigua gente,  
y entre las nubes vagan lentamente;  
alzan los muertos siglos la cabeza  
pesada y polvorosa...  
Delante el vencedor contempla abierta  
la boca del abismo pavorosa;  
aún cálido y letal aliento espira,  
cual monstruo herido que en penoso esfuerzo  
por intervalos al vivir despierta,  
al gladiador triunfante al lado mira,  
y en el inútil furor tiembla y respira.  
Encima el astro inmenso  
numen de luz y genitor del día,  
que en majestuoso ascenso  
se aproxima al cenit; el infinito  
azul espacio en torno; un océano  
de crespas nubes a los pies, heridas  
por las del sol miradas encendidas;  
y el nombre venerando en todo escrito  
y visible la mano  
del de los mundos Padre y Soberano.

En tanto el pensamiento  
de los felices héroes de la ciencia,  
vívido rayo, a par de su mirada,  
al hondo seno del volcán desciende;

en la lava y las rocas busca atento  
las huellas de los siglos, y la influencia  
indaga, aún poderosa, aún no menguada,  
de remotos y horrendos cataclismos.  
Así a la inteligencia  
muestran hasta los lóbregos abismos  
caracteres y cifras en que se halla  
la Verdad escondida  
al humano saber, mas no perdida.  
Ella aparece y por el mundo vuela,  
el claro nombre honrando  
de quien tras luengo afán hallarla pudo;  
ella aparece y su beldad mirando  
la Musa, que yacía en ocio mudo,  
se anima, el sacro fuego la arrebató  
y en himnos de victoria se desata.